



IGLESIA: PODER O SERVICIO



LAS DOS IGLESIAS

Fue en un colegio secundario, durante la semana de la juventud. Las autoridades del mismo me habían solicitado una charla debate sobre historia política argentina, accediendo así a un pedido de los mismos alumnos. Después de exponer durante más de dos horas y media delante de aproximadamente cien adolescentes, llegó la hora del debate.

Pedí que fueran sinceros y no se quedaran con ninguna duda. También les prometí honestidad de mi parte. De todo el bombardeo de preguntas al que fui sometido durante una hora. Hay tres que me impactaron de manera especial. Me hubieran parecido lógicas en el ambiente universitario. A decir verdad, me sorprendieron enormemente, en este secundario de las serranías cordobesas.

1º) Qué papel jugó la Iglesia en la caída de Perón en 1955?

2º) Cree Ud. que esta misma Iglesia puede provocar la caída del gobierno de Alfonsín por el tema del divorcio?

3º) Cuál es el objetivo político que buscan los obispos con la venida del Papa en 1987?

Y, por supuesto tuve que responder, con humildad y verdad, que son dos fuentes de agua limpia donde debe abreviar la historia. Lo que conversamos con aquellos adolescentes durante esa jornada, puede ser útil para la reflexión de nuestros lectores, que en estos días se habrán planteado preguntas semejantes —sobre todo la segunda—. Y al formularse la misma, los que conocen historia o han pasado los cincuenta, saben que la respuesta a esta pregunta, nace de la experiencia habida en el 55...

“Con los curas no se puede”

Nunca podremos olvidar los argentinos los sucesos “religiosos” que precedieron a la caída de Perón el septiembre de aquel año. Horas Santas, repetidas con frecuencia desacostumbrada en Iglesias del casco céntrico, con sus secuencias de pugilato con la policía, sermones durísimos contra el gobierno peronista, desfile de carrozas, con motivo de la semana de la juventud, donde la movilización juvenil sirvió para ganarle la calle al gobierno, hasta el momento, único capaz de movilizar, fueron creando el marco ideológico al golpe militar. Había que terminar con el régimen instaurador del divorcio en la Argentina; y que después de su profesión religiosa inicial, se atrevía a enfrentar a la jerarquía católica atacando a algunos de sus obispos, llamándolos “señores de mesa servida” y acusando de “infiltración clerical” todos los esfuerzos de la misma para copar el movimiento popular...

Nadie podrá negar que la piadosa y multitudinaria procesión de Corpus Christi de julio del 55, fue un prelude maravilloso para la sinfonía orquestada que significó la caída de Perón que comenzó con el bombardeo a cargo de la marina ese mismo mes. El Cristo vence, grabado en aviones y tanques, fué la rúbrica final del pacto eclesiástico-militar, que dió por tierra con el gobierno peronista.

Pero ha pasado mucha agua por debajo del puente de la historia, y aquella Iglesia no es la misma. Desde el Concilio Vaticano II se enfrentan en su superficie las dos corrientes que pugnan desde su origen: la que quiere evir al mundo y la que quiere dominarlo en nombre de Cristo Rey.

Lamentablemente, desde el año 30, con los golpes militares, con la llegada del fascismo, a nuestras tierras, —mas precisamente con las jornadas movilizadoras del Congreso Eucarístico Nacional de 1934— la Iglesia del poder, al decir de Luis de Imaz en su libro “Los que mandan” comienza a mostrarse.

Será con las elecciones de 1946, cuando hará juzgar todo su poder a favor de Perón, apostando a la implementación de la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas. Nueve años después vendrá el enfrentamiento con el gobierno peronista y la caída de Perón. Las consecuencias del mismo marcarán a fuego el poder invencible del clero. “Con los curas no se puede” será la consigna de todos los políticos.

Onganía y los cursillos

Aunque la Iglesia del poder aparentemente nada tuvo que ver con la caída de Illia, diez años después nadie puede negar que “brindó la ideología” al cursillista que vendría a instaurar el orden con su “Revolución Argentina”. Está demostrado que el mismo Onganía llamado “el Cid” por su lealtad al presidente, fue impulsado en tres días de reflexión cursillista a emprender esta aventura en nombre de Dios, como así también está demostrado que las piezas fundamentales de su monarquía le fueron proporcionadas por el Opus Dei y el Movimiento de Cursillos de Cristiandad. Hay que recordar también que en esta misma época, hace su aparición en nuestra patria la otra corriente de la Iglesia; la comprometida con los mas desposeídos y que se nuclea alrededor de los curas del tercer mundo.

Es esta corriente la que protagoniza

en todo el país, propuestas contra el régimen y casi la única voz de los desposeídos. En Córdoba, la huelga de hambre de la Iglesia del Cristo Obrero, es el comienzo de una serie de manifestaciones que culminarán con el Cordobazo, que dará por tierra con el régimen mesiánico de Onganía.

Es tanta la contradicción entre las dos corrientes que el mismo rey destronado echará más tarde la culpa de su caída a "los curas que implantaron la guitarra en la misa".

El famoso Proceso

Todavía no se ha escrito ni dicho todo sobre la influencia de esta Iglesia del poder en el nefasto proceso vivido desde 1976 a 1983, figuras como la del Nuncio Pio Laghi, Mons. Plaza, Tortolo y Bonamín, son un muestrario de esta corriente que bendijo sin tapujos el golpe, y brindó la ideología que santificaría todas las atrocidades cometidas en nombre de la civilización cristiana.

Vale la pena citar a Rubén Dri en su libro "La Iglesia y la dictadura militar". Recordemos con él algunos textos de los obispos comprometidos a fondo con el proceso militar: apenas producido el golpe, Adolfo Tortolo, Arzobispo de Paraná, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, y Vicario de las Fuerzas Armadas, llamó a cooperar positivamente a la restauración de un espíritu nacional. Lo cual "constituía una grave obligación de conciencia que no puede soslayarse con palabras, sino que debe enfatizarse con hechos".

Ya Victorio Bonamín, obispo pro vicario de las Fuerzas Armadas, había adelantado la necesidad de que el Ejército se dividiera cargos del gobierno e Idelfonso Sansierra Arzobispo de San Juan, le había dado la bienvenida, viendo al golpe como un signo de los tiempos.

Pero quizás el apoyo mayor y más significativo provino de Mons. Pio Laghi por tratarse del Nuncio papal en la Argentina "cada uno tiene su cuota de responsabilidad en este Proceso".

La Iglesia está inserta en el Proceso, acompañando a las Fuerzas Armadas, 'no solo con oraciones, sino con acciones en defensa del cuerpo enfermo de la Nación, atacado por ideologías extrañas. En este caso habrá que respetar el derecho, hasta donde se puede".

Las corrientes progresistas en este cambio, asumieron la profecía, y con ella el martirio. Angelelli, Ponce de León, son dos obispos que preceden con su testimonio el martirio de muchos sacerdotes y laicos que no duraron en enfrentar a la bestia y pagaron con su vida tanta osadía.

Democracia

En su documento "Democracia: res-

pensabilidad y esperanza", el Episcopado nacional, después de hacer un tímido mea culpa por su participación en el Proceso, saluda esperanzado la nueva época que se inaugura el 30 de octubre de 1983.

Antes, ha hecho hincapié en la necesidad de aceptar el pluralismo como base de la convivencia social: "el pluralismo supone el respeto de los demás en un ambiente de responsable libertad".

Pero esta luna de miel con la democracia y el pluralismo dura poco tiempo. Antes de dos años, ambos caminos se separan. Ya en julio de 1985, el cardenal Raúl Francisco Primatesta, presidente de la Conferencia Episcopal y Mons. Italo Di Stefano Arzobispo de San Juan, protagonizan una convivencia con 75 dirigentes gremiales venidos desde todo el país. Esa jornada "memorable" realizada en el convento del Divino Amor —en las afueras de Córdoba— sella un pacto de amor entre las cúpulas de estas dos corporaciones. En este pacto los sindicalistas, por boca de uno de sus representantes, se comprometen a sumar sus esfuerzos en defensa de esta Iglesia amenazada.

"Soy uno de los dirigentes sindicales más antiguos de este grupo de compañeros. Se está viviendo en la Argentina un hecho inédito. Vemos con preocupación que se está atacando a la Iglesia y al mundo obrero. Y el ataque esta vez no proviene de nuestros tradicionales enemigos, los marxistas. Esta vez viene del mismo gobierno". Y con un padre nuestro final, dirigentes obreros y obispos, juraron unirse en defensa de nuestra cultura occidental y cristiana.

Por más esfuerzos que hiciera el gobierno radical a través de su Vicepresidente, por aparecer con excelentes relaciones con la Iglesia Católica y, oficializar de alguna manera, el Encuentro de Juventudes, los caminos se abrían cada vez más. La Iglesia del poder volvía a tomar distancia. Como en tiempos de Perón. Como en tiempos de Illia. Y volvería al ataque.

Primero fueron las fracasadas movilizaciones en contra del divorcio; vinieron después las denuncias contra supuestas infiltraciones en la educación y en la cultura, demostrando así su poca capacidad para el diálogo y al pluralismo.

En estos días los cañones de la Iglesia del poder han lanzado sus proyectiles más pesados contra los legisladores divorcistas y algún obispo se ha atrevido a amenazar con la excomunión al mismísimo Presidente de la Nación. Es opinión generalizada que es el Episcopado quien ha hecho valer su influencia en el Senado de la Nación para postergar el tratamiento por parte del mismo a la ley aprobada en Diputados, a favor del di-

vorcio vincular. Y esto como fina concesión a la próxima visita del Papa.

Pero esta vez el pueblo Cristiano ha madurado y sabe leer entre líneas. Ya la Iglesia del poder no logra movilizarlo. Y sabe distinguir entre las dos líneas pastorales contradictorias que le trazan sus Pastores. Y ha elegido sin duda la línea del compromiso. Con los más desposeídos. Como lo soñó Angelelli: "Con un oído en el Evangelio y otro en el Pueblo".

El Pueblo ha aprendido la lección de la historia y no cree más en salvadores. Sabe que en el libre juego de las instituciones está su salud.

Máximo Layús



"Durante el Concilio Vaticano II se habló mucho de la Iglesia servidora y pobre. Estaba muy en boga por entonces el asunto de las relaciones de la Iglesia con el dinero y el problema de sus signos externos de riqueza. Pero hay algo más importante que la tentación del dinero y es la tentación del prestigio y del poder.

Qué fácilmente hemos olvidado estas palabras de Cristo: "No he venido a ser servido sino a servir". Iglesia servidora y pobre...

Es fácil llamarse como se llama el Papa: Siervo de los siervos. Pero hemos hecho nosotros la opción por el servicio de una vez por todas?"

(Mons. Helder Cámara)

"Iglesia servidora y pobre... servidora de los pobres. No me cansaré de repetirlo: en nuestros días tan plagados de injusticia es un enorme acto de caridad hacer la justicia. Y la gran pobreza para la Iglesia consiste en aceptar ser mal interpretada, poner en peligro su reputación, perder su prestigio, ser tachada de subversiva, de revolucionaria, tal vez de comunista. Esa es nuestra pobreza, la pobreza que Jesús pide a su Iglesia en estos tiempos que nos ha tocado vivir".

(Mons. Helder Cámara)